



Nunca atestiguaremos una ruptura abierta entre la Secihti y el Conahcyt, pero Rosaura Ruiz tendrá que dar marcha atrás y tapar la red de agujeros que heredó.



**ANTONIO
LAZCANO
ARAUJO**

Bautizos y jaculatorias

A finales del 2022 el presidente López Obrador enunció por primera vez el concepto de humanismo mexicano. La noticia despertó un enorme entusiasmo en muchos militantes de Morena, pero la propuesta no ha tenido ni el impacto filosófico ni los alcances internacionales que algunos esperaban. Algunos voceros del oficialismo afirman haber rastreado las raíces del humanismo mexicano a las obras de Thomas Moro y Erasmo de Rotterdam, pero creo que la deuda mayor es con las proclamas más exaltadas de Manuel Belaunzarán, Benjamín Padilla, Matías Chandón y otros personajes memorables de las novelas de Jorge Ibarguengoitia.

Junto con el término "humanismo mexicano", la palabra "bienestar" se ha convertido en una jaculatoria política de la Cuarta Transformación. Al igual que ocurrió con el uso y abuso del vocablo "solidaridad" en las épocas de Salinas de Gortari, "bienestar" se usa ahora para rebautizar programas, instituciones

y manufacturas, y ahora tenemos Banco del Bienestar, IMSS Bienestar, gas, frijoles, miel, y chocolate bienestar. Hasta la política científica nacional resultó beneficiada en el reparto político de sustantivos. Hace poco la doctora Rosaura Ruiz, titular de la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (Secihti), afirmó que es necesario "reorientar la actividad científica nacional hacia el bienestar con prosperidad", aunque nadie sabe bien a bien lo que significa, pero que inscribe a la ciencia mexicana en lo que el Programa Nacional de Desarrollo 2025-2030 (PND) llama "desarrollo con bienestar y humanismo".

La Secihti le ha servido a Claudia Scheinbaum para reforzar su imagen de estadista moderna y ecuánime capaz de gobernar con una visión científica (que tampoco sabemos lo que significa). Tanto en el PND como en el texto *Cien pasos para la transformación* que lo antecedió, la ciencia es vista sobre todo en términos de su relación con los

desarrollos tecnológicos y productivos. En el PND se afirma que "...convertiremos a México en una potencia científica, tecnológica y de innovación. Para ello, apoyaremos las ciencias básicas, naturales, sociales y las humanidades, y las vincularemos con áreas y sectores prioritarios para el desarrollo nacional". Suena atractivo, pero es un terreno resbaladizo. Como escribió hace muchos años el matemático James R. Newman, "nunca ha sido fácil trazar una línea clara entre ciencia y tecnología; de hecho, no siempre ha sido deseable hacerlo", pero es evidente que privilegiar esta relación puede descuidar la investigación en problemas básicos.

Luego de ser aprobado por la Cámara de Diputados, el PND se publicó en el Diario Oficial de la Federación el pasado mes de abril. Es un texto triunfalista que termina afirmando que "...no hay marcha atrás en la transformación del país. La consolidación del Segundo Piso de la Cuarta Transformación exige un gobierno honesto, cercano y eficiente,

que garantice la seguridad, los derechos y la justicia". Es un final apoteósico que supone que los saldos de la construcción del segundo piso son positivos, pero eso no es cierto para la ciencia mexicana. Nunca atestiguaremos una ruptura abierta entre la Secihti de Scheinbaum y el Conahcyt de López Obrador, pero Rosaura Ruiz no tendrá más remedio que dar marcha atrás y tapar la red de agujeros que heredó, incluyendo una ley general de ciencia repleta de omisiones, errores y contradicciones que fue aprobada por Morena y sus aliados en medio de atropellos e irregularidades.

La innovación pública para el desarrollo tecnológico nacional es uno de los ejes políticos transversales del PND. Es una propuesta atractiva, pero la reconstrucción del aparato científico no será fácil. La doctora Rosaura Ruiz fue puesta al frente de una dependencia que nació muy disminuida no solo por las divisiones internas de Morena, sino también por la falta de recursos económicos, la imposición de colaboradores sin experiencia en política científica, la ineptitud administrativa, la desaparición de convenios y acuerdos con las instituciones académicas estadounidenses, y el lastre de las universidades Rosario Castellanos y de la Salud. No sabemos qué estrategias se van a seguir en la Secihti, pero su programa tendrá que incorporar a la comunidad académica en la discusión de una política científica nacional que ayude a reconstruir el edificio que dejó tan fracturado el sexenio anterior.